

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Consideraciones, por don A. Pirala.—La Palma del desierto [Soneto], por don Joaquin Rama.—Leyendas Bíblicas: La túnica de José, por doña Micaela de Silva.—Laura (Balada), por don Roman Doldan y Fernandez.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Los dos Perros, por C. A.—**GRABADOS:** José y sus hermanos.—La túnica de José.—Zapallilla.—**LAMINA:** Pliego de Patrones.

EDUCACION MORAL.

CONSIDERACIONES.



INÚTILES serian nuestros trabajos y vano nuestro propósito, si la niñez y la juventud no pusieran cuanto está de su parte para que sea eficaz la enseñanza y dé los debidos resultados; para que las lecciones y los consejos sean semillas que fructifiquen, y no suceda lo que á la simiente que se arroja en tierra estéril, y se pierde.

Ya hemos demostrado en otras ocasiones que la obediencia, es, ademas de la base de una buena educacion, una virtud, y de gran precio, como lo son todas las virtudes; pero esta facilita la práctica de las demas, y pone apto al individuo para recibir todos los consejos; es la tierra fértil que acoge amorosamente la semilla y la hace crecer y dar flores y frutos.

Mas no basta solo obedecer, porque esto no nos distinguiria de algunos animales que careciendo de inteligencia, tienen la suficiente, ó el instinto de obedecer á sus amos, mostrando una docilidad ejemplar. Es, pues, necesario que esas dotes intelectuales se demuestren, que sobresalgan, y el medio mas fácil es asociándolas á la obediencia; es decir, que al obedecer lo que se nos manda, procuremos hacer que la obediencia no parezca una carga á la que nos sometemos obligados, sino que parezca, y sea, un acto agradable, que le ejecutemos como si fuera espontáneo, y por consiguiente añadiendo á él cuanto sea necesario para demostrarlo así.

2.^a ÉPOCA,

Cuando se manda traer ó llevar un objeto, la simple obediencia cumple con traerlo ó llevarlo; pero si se ejecuta el acto al instante y con agrado, será mas meritorio, porque demuestra bondad y otras envidiables prendas. Si se nos manda estudiar, no nos limitemos á aprender la leccion prendida con alfileres, como suele decirse, aprendámosla sólidamente, reflexionemos sobre ella, pongamos en ejercicio nuestra inteligencia, para cultivarla y hacerla mas brillante, y cuando haya que demostrar que se ha aprendido la leccion, mostremos ademas que la hemos comprendido, que es por lo general lo que no suele hacerse. Entonces se verán los resultados de esta manera de obrar, y se gozará de la dulcísima satisfaccion que esto produce.

De esta manera son provechosas las lecciones y fructíferos los consejos; de esta manera va separando la niña los abrojos que obstruyen el camino de su felicidad, para poderle andar así mas fácilmente, y el niño va construyendo los cimientos del edificio de su gloria, se abre las puertas de un dichoso porvenir y labra su ventura.

Y nada mas fácil que empezar en la niñez á andar este camino, y no hay entonces obstáculos apenas en la juventud. No se necesita mas que la voluntad, esa predisposicion que á tanto bien conduce. Aun lo que parece el mayor sacrificio, si lo hacemos voluntariamente, es agradable, y si al ejecutarlo, nos proponemos sacar de ello una enseñanza, ó un provecho propio ó ageno, lo que es un sacrificio para el que ejecuta un acto forzosamente ó de mala gana, no lo es, sino todo lo contrario, para quien le practica de la manera espuesta.

¡Cuántas lágrimas se ahorra la niñez con esta conducta! cuántos sinsabores la juventud! Entonces se siente el proceder pasado, se quieren enmendar las faltas y ya es difícil; sucede lo que al árbol que

se ha dejado crecer torcido, y ya no se puede enderezar.

Por el contrario, cuando se han atendido debidamente los consejos y las lecciones, cuando nada hay de que arrepentirse; sobre la grande, la inmensa satisfaccion que produce la tranquilidad de la conciencia, el digno amor propio satisfecho, está el beneficio inapreciable que uno mismo reporta, y que solo puede estimar en todo su valor quien de él participe.

Teniendo el convencimiento de que nada vaga en la educacion, nada se debe despreciar ni mirar con indiferencia; y cuando debe ser mas firme este propósito es en la niñez. A esto deben tender siempre los niños, y esto deben procurar las madres con incansable celo: si lo desatienden, experimentarán las fatales consecuencias que trae inevitablemente consigo esta falta; pero si á ello prestan la atencion que merece su importancia disfrutarán de ese placer que tiene el que ha sabido llenar cumplidamente su deber, como le sucede al jardinero que ha cultivado un erial y le vé llenarse de preciadas flores y ópinos frutos.

Hemos dicho que nada vaga en la enseñanza, y debemos añadir, que todo está ligado en ella; pues así como hasta la atmósfera que respiramos influye en nuestro fisico, así tambien todos los actos de la vida ejercen influencia en nuestra parte moral ó intelectual. Viviendo en la sociedad y perteneciendo á ella, tenemos que ser miembros útiles, y mal lo seríamos, sino fuéramos dignos de la sociedad y de nosotros mismos; y para serlo tenemos que empezar desde la niñez, que es cuando se enseña y se aprende, porque el aprender llena entonces toda la vida.

A. PIRALA.

LA PALMA DEL DESIERTO.

A mi Madre.

SONETO.

Hé allí la palma, que hácia el firmamento
Eleva fértil su ramaje erguido;
Héla allí, cuán serena entre el silbido
De la tormenta cruel, del crudo viento.

Su dulce sombra á el árabe sediento,
Que errante cruza en arenal perdido,
Prestarle suele, y á su pié tendido,
Nuevas fuerzas le da, dále otro aliento.

¿Dónde la Palma está que en el camino
Del inmenso desierto de la vida
Darnos pueda la sombra deseada?...

Yo la busqué, y en mi fatal destino
Solo en tu amor la hallé; madre querida!
Y en la luz celestial de tu mirada.

JOAQUIN RAMA.

LEYENDAS BÍBLICAS.

LA TÚNICA DE JOSÉ.

Abreviarémos la historia de Jacob, para deciros que arribó felizmente á las inmediaciones de Haram; en ellas habia un pozo, junto al cual sesteaban algunos pastores con sus rebaños; detuvóse Jacob á preguntar si vivia en la inmediata poblacion un hombre llamado Laban, hijo de Nachor. Sí que vive, le contestaron, y aquella jovencita que se acerca en pos de sus ovejas es Raquel, hija de Laban.

Miró Jacob hácia el camino, y se le figuró ver á su madre rejuvenecida, y tan hermosa como en otro tiempo apareció á la vista del anciano Eliecer junto al mismo pozo; éste se hallaba cubierto con una piedra que la jóven no podia manejar por sí sola. ¿Quieres que aparte la piedra? preguntó el viajero acercándose á la pastorcilla, cuya hermosura le tenia embelusado. Aceptó la doncella, y ambos departieron un ratito, haciéndole Jacob algunas preguntas acerca de su familia; despues la dijo que su madre se llamaba Rebeca y era hermana de Laban, con lo cual Raquel gozosísima se ofreció á llevarle á la casa de su padre, donde fué recibido cariñosamente.

Jacob, á quien habian prendado las gracias de Raquel, enamoróse mas y mas oyendo su amena y sencilla conversacion, y arraigóse de todo punto su cariño al notar la belleza de su carácter. Es propio de la hermosura cautivar el corazon á primera vista; pertenece al talento la facultad de prolongar el atractivo, pero las prendas morales son las que logran consolidar el afecto y hacer que dure toda la vida.

Jacob amó tanto á Raquel, que por ella se brindó á servir por espacio de siete años en casa de Laban, y éste se comprometió á dársela por esposa en cuanto se cumpliera el término estipulado. Con esta esperanza Jacob se desvivía por aumentar las haciendas y rebaños de su tio, y tan buena maña se dió, que unas y otros prosperaban á ojos vistos. Laban era egoista y avaro, y viendo que le tenia mucha cuenta prolongar el servicio de tan buen mayordomo, á fin de retenerle imaginó un fraude, que hizo pagar á Jacob, el que habia usado él mismo con su hermano: habia consentido en suplantarle, y hé aquí como halló en otra suplantacion el castigo de su engaño. El mezquino suegro estimaba en mas el interés pecuniario que la honra de cumplir fielmente sus palabras. En el dia convenido se celebraron las bodas, pero en vez de darle á Raquel, hizo que Lia, su hermana mayor, la suplantara en sus derechos, y el engañado esposo se halló casado contra su voluntad; quejóse amargamente á su taimado suegro, pero és-

te le dijo: No es costumbre casar primero á las hijas menores; pero si guardas por mujer á Lia, podrás unirte con Raquel en cuanto pasen los días de la boda, siempre y cuando que te obligues á servir en mi casa siete años mas. Accedió el sobrino á tan dura exigencia por el grande amor que á Raquel profesaba, y por el temor de perder á la mujer amada consintió en ser marido de Lia, casándose con entrambas, como entonces era permitido.

Raquel fué siempre la esposa predilecta; su hermana, que carecia de atractivos, no supo hacerse amar con igual ternura; pero el Señor, que todo lo compensa, y reparte admirablemente sus dones, hizo

á Lia fecunda y ésteril á Raquel, de modo que ni esta pudo engreirse demasiado, ni aquella verse despreciada por su marido, pues al cabo era la madre de sus hijos, y ese título es muy sagrado para el hombre de bien.

Raquel no podia llevar con paciencia su esterilidad. De buena gana hubiera trocado su hermosura por la fealdad de Lia, por tal de que sus hijos la llamaran madre; quejándose de su desgracia diciendo: Si no tengo hijos moriré de dolor. —Levanta el corazón á Dios, y pídele que te los conceda, respondióle Jacob, él solo puede hacer que la estéril sea fecunda.

Raquel oró con tanta fé, que su ruego alcanzó lo que deseaba, y algun tiempo despues dió á luz un hermoso niño, que fué llamado José: el nacimiento de aquel hijo colmó de júbilo al Patriarca, y así como Raquel obtenia la mejor parte de su cariño, José fué tambien el mas amado de sus hijos: estos eran once; antes de José habian nacido Ruben, Simeon, Leví, Judá, Dan, Nepthali, Gad, Asser, Isachar, y Za-

bulon; estos, y Benjamin, que nació despues, formaron las doce Tribus de Israel.

Disgustos de familia obligaron á Jacob á que huyese de la casa de Laban, llevándose los rebaños de su pertenencia, que gracias á la protección divina llegaron á ser muy numerosos. Lia, Raquel y sus once hijos, le siguieron á la tierra de Canaan, donde fué á establecerse.

Al pasar por la tierra de Seir, supo Jacob que su hermano Esau habitaba en Edom, y envióle mensajeros de paz. Esau, escoltado por un gran número de hombres, vino al encuentro de Jacob, causando no poco susto; pero la entrevista

fué cariñosa, Jacob presentó á Esau sus hijos y mujeres, que le saludaron como á dueño y Señor; este homenaje debió serle tan grato, que rehusó generosamente los regalos que Jacob le ofrecia. —Guarda lo que has adquirido, le dijo: yo tengo bienes en abundancia, y no quiero que disminuyas tus rebaños;

abrazáronse de nuevo, y separándose amistosamente; volvió el uno á Edom, su residencia, y el otro siguió hácia la tierra de Canaan.

En aquellos dias fué cuando por disposición del Altísimo mudó Jacob de nombre, tomando el de Israel, y por esto sus descendientes se llamaron israelitas.

Hallándose Jacob en Ephsata, que así llamaron en lo antiguo á Belen, ciudad dichosa y para siempre

memorable, por haber nacido en ella el Salvador del mundo, murió Raquel de sobreparto; el hijo que dió á luz se llamó Benjamin. El afligido Patriarca regó con lágrimas el sepulcro de su esposa, y sus dos hijos heredaron el apasionado cariño con que siempre la distinguió. Esta preferencia irritaba mucho á



José y sus hermanos.



La túnica de José.

los demas hijos, sobre todo la que á José tenia, con razon, por ser el mas virtuoso, amable y discreto de todos sus hijos; mas no es la envidia quien hace justicia al mérito, antes le aborrece, así es que sus hermanos aborrecian al primogénito de Raquel, y no le podian tratar como era debido al parentesco.

Jacob habia comprado á José una túnica de seda listada de muchos colores, y sabido es que los envidiosos reparan mucho en cualquier bagatela, y se resienten de que otro luzca mejor vestido; no seria extraño que la túnica fuese objeto de burlas sugeridas por la envidia.

Una noche soñó José que se hallaba en el campo atando gavillas con sus hermanos, y que la suya se alzaba sobre las demas, que parecian humillarse y adorarla.

Contólo sencillamente á sus hermanos, y estos prorumpieron con enojo: —¿Piensas por ventura que has de ser caudillo nuestro y que nos sujetaremos á tu dominio?

Otro sueño tuvo, y fué que el sol, la luna y once estrellas le adoraban, y como lo contaba á los otros en presencia de su padre, reprendiéndole diciendo: —¿Qué quieres decir con ese sueño? Acaso yo, tu madre y tus hermanos te adoraremos sobre la tierra?

Mas Jacob, allá en sus adentros reflexionaba el caso, y aquellos sueños le daban mucho qué pensar.

Un dia que los hijos de Israel se hallaban en Sichem apacentando las ovejas, mandó á José que fuese á ver lo que hacian y volviese á darle cuenta.

Partió el jóven sin demora, y en el camino preguntó á un pastor si habia visto á sus hermanos.

—Aquí han estado, respondió el hombre, y segun dijeron iban hácia Dohlain.

Hallólos en efecto en el sitio indicado, y ellos al divisarle dijeron: —Allí viene el soñador. Entonces viéndole solo, se les ocurrió un pensamiento diabólico. Matémosle, dijeron, y dirémos que una fiera le ha devorado.

Al oír esto Ruben, deseoso de librarle, propuso que le arrojaran vivo en una cisterna que habia en el desierto: esta se hallaba sin agua y era fácil volver por la noche y sacarle de allí para restituirle á su padre, que tal era la intencion de Ruben.

Acercóse José, bien ageno de lo que tramaban contra él, y Ruben se alejó, quizá por no ver sus lágrimas; los otros no hicieron caso de ellas, quitáronle la túnica, y vivo le arrojaron en la cisterna.

En esto vieron los otros que avanzaban por el camino algunos mercaderes madianitas, y Judá propuso á los demas que vendieran al muchacho, y así no se mancharian las manos con su sangre: dejémosle que viva, dijo, pues al fin carne nuestra es José.

Ajustaron, pues, la venta de su hermano, y recibieron por él veinte monedas de plata.

Volvió al poco tiempo Ruben, y no hallando al

muchacho en la cisterna, se mesaba los cabellos, gritando: —¿Adónde iré yo?

Mas los perversos rasgaron la túnica de José, tiñéronla con sangre de un cabrito, y se la mandaron á su padre, que al verla exclamó fuera de sí: —Es la túnica de mi hijo! una fiera me le ha devorado!

Renunciamos á pintar el dolor de aquel padre: rasgó sus vestiduras, vistióse un áspero silicio, y á todos cuantos intentaban consolarle respondia: —No hay consuelo para mí, bajaré al sepulcro llorando á mi pobre hijo. ¡Cuán horroroso debió de ser el remordimiento de los otros al oír los sollozos que desgarraban el pecho de su padre! Cuán grande su temor de que fuera descubierta la maldad!!

Ved, amables niñas, cuán abominable cosa es la envidia y á qué delitos arrastra; ella fué quien hizo á Cain fraticida; ella quien siembra la discordia entre los hermanos: el corazon del envidioso no encuentra gusto en nada, el bien ageno le atormenta, y el mal que por esto sufre es acaso el único que no deberíamos compadecer.

La envidia es un gusano que roe y destroza el corazon en donde se anida; no le deis, por Dios, entrada en el vuestro, y considerad que amar á nuestros hermanos es hacer felices á nuestros padres, si viven, y rendir homenaje á su memoria, si ya no existen.

¡Alegrémonos del bien ageno, y el Señor entonces cuidará del nuestro!

MICAELA DE SILVA.

LAURA.

BAZADA.

I.

Son las tres de la tarde

Ricas y vistosas bandas decoran el dosel azul.

El sol, gallardo rey de los astros, luciendo dignamente los fúlgidos topacios de su diadema, despliega su severa pompa por entre las rumbosas gasas que le circundan.

El valle sonríe de júbilo.

Inquieta y bulliciosa cimbréase la esbelta amapola, recibiendo benigna los seductores halagos del aura.

Leve y murmurante soplo agita las ligeras hojas de un tranquilo sáuce, cuyas pintorescas ramas, congregadas con marcial donaire, producen deleitable umbria.

Pintadas avecillas triscan escondidas entre gala-

lanos pabellones de festivas lilas, lanzando al aire melodiosos trinos.

Los insectos celebran las glorias del Hacedor recostados en cojines de oro.

II.

En el lisonjero paisaje á que nos referimos se descubre una pulcra jóven.

Es Laura.

¡Qué virgen tan bella!

Sus ojos son dos rubíes hábilmente engarzados en la concha de una margarita.

Tersa y ebúrnea es su frente, en la cual se columbra los mágicos destellos de la virtud.

Hilos finísimos guarnecen los nítidos brillantes que ornan su hechicero rostro, emblema poético del candor.

Nada mas correcto que los donosos perfiles de su faz risueña.

Tintas suavísimas reposan en sus nacaradas mejillas.

Breve es su boca, asiento de las gracias.

Blonda y copiosa trenza engalana su gentil cabeza, y se extiende en preciosos anillos, cayendo en gracioso desórden por su albo cuello de cisne, apriisionado lindamente por el escote de su modesto vestido de color carmesí.

III.

¿Qué hará Laura, ese peregrino ornamento de los Elíseos, reclinada entre las violetas y los cipreses?...

¿Qué objeto la condujo tan temprano á la lujosa pradera?...

Védla.

Está triste y meditabunda.

Nubes de melancolia rodean su sér.

El canto arrobador de la filomena, que vuela en torno suyo, no es bastante á disipar la pena que experimenta.

Las flores la saludan, abren sus castos pétalos y la ofrecen oloroso incienso.

Brisas bullidoras juguetea con sus luengos y aromosos cabellos, haciendo flotar sus sedosas hebras entre el espeso follaje de los jacintos.

El tímido arroyuelo, serpeando alegre por sendas bordadas de elegantes lirios, hace sonar dulcemente sus serenas linfas, y refresca el verde tapiz que huellan sus ligeros piés.

IV.

Un ruido vago se siente en el valle.

Las lozanas frondas de una linda acacia se mecen

con remisa calma, merced á las tiernas caricias del galante céfiro.

Los jazmines sostienen amorosos coloquios con las mariposas, que gozan aspirando su encantador aroma.

El cielo, riente y deslumbrador, ostenta placentero magníficas colgaduras de esquisita púrpura, que brillan con las amatistas que ufano derrama el bullicioso Febo.

Laura está sentada.

¿Quién es capaz de adivinar lo que pasa en el santuario de su alma?...

¿Quién podrá leer en alguna de las páginas de su corazón?

Y ella sufre, sin embargo.

Y su pena debe ser grave, á juzgar por sus miradas sombrías.

¡Tan jóven y ya siente las angustias de la vida!...

Tres lustros no ha cumplido aun.

Y el dolor la estrecha, y la acosa, y ruje con fiera saña, y la corona con la aureola del sufrimiento.

El vendabal terrible, desatando sus iras, intenta mancillar las espléndidas galas de su hermosura.

Miradla.

Parece que va á hablar, pues sus labios comienzan á moverse.

—Sí; es preciso conformarse con los supremos decretos.

Me hallo al principio de la jornada, y vos, Dios mio, me dareis fuerzas para resistir las fatigas de tan penoso viaje.

Soy dueña de un rico caudal; es un patrimonio que jamás se gasta.

La fé es mi gran tesoro, joya que enaltece al que la posee, y yo no pienso abandonarla nunca.

Cierto es que carezco de bienes terrenos; pero, ¿qué importa, si tengo el precioso capital de las santas creencias?

Sin embargo, Señor, mi corazón tiembla: temo, como frágil nave, los peligros que me esperan en el revuelto piélago de las pasiones humanas.

¿Llegaré á zozobrar?...

¿Padeceré lamentable naufragio?

Estas preguntas que me hago á mí misma, son ¡Dios bueno! las que turban las horas presentes de mi corta existencia.

Y al pronunciar la postrera sílaba, los ojos de Laura se bañaron de lágrimas, rocío consolador que vierten en momentos críticos las almas pías.

V.

No muy lejos del valle, adonde iba muchos días una virgen pura, se alza melancólico un austero edificio.

Este edificio es el alcázar en que la muerte se pasea en redor de pavorosos trofeos.

Ya está Laura sola en el mundo.

Tierna é inocente gacela, habia perdido á sus queridos padres, los mas honrados y timoratos del pueblo.

Pero tenia un refugio en una grave y escelente señora á quien amaba con fervoroso cariño.

La huérfana, reconocida á su fina amistad, riega ahora con amargo llanto la sencilla sepultura de una buena anciana, que acababa de sucumbir de resultas de una tos maligna.

¡Cuán bella, cuán sublime es la caridad!...

Las delicadas rodillas de un ángel se posan sumisas en la dura losa de un sepulcro frio, en el cual se encierran las venerandas cenizas de un alma justa.

Los rosados labios de Laura se abren con serio temblor y resbalan por ellos palabras augustas, frases enlazadas en las misteriosas joyas de la fé cristiana.

¡Pobre niña!...

¡Ella, que tenia un vivo placer en recrear su espíritu en los floridos verjeles de la virtud, que gustaba las dulzuras del bien, que sentia los latidos de generosos é idolatrados seres, se encuentra ahora sola, aislada, sin apoyo alguno, sin blando y maternal regazo, sin un alma que mitigue sus hondos pesares!...

Terribles, en verdad, son las horas cuando vienen envueltas en el fúnebre velo de la amargura.

Solo los ánimos esforzados, solo los que tocan las altas esferas del sentimiento, solo los que beben en las límpidas fuentes de la eterna ciencia, pueden soportar con sosiego los reveses humanos.

Laura enagenaba por sus nobles actos.

Era la esbelta rama de un tronco bendito, que sostenia vigoroso los clarísimos raudales del amor divino.

Por eso sus acciones, bellas y apacibles, tenian el sello de la rectitud.

Flor nacida en un plantel selecto, derramaba la esencia embriagadora de las buenas obras, blandeándose solo á impulsos de celestes auras.

VI.

Es el mes de Agosto.

El alba surge de su casto lecho y estiende con sumo garbo sus gasas, sus encajes y su blonda túnica, cruzando ráudamente las enhiestas montañas en fulgurante carroza de nacar.

El cementerio está abierto.

La humilde y pequeña campana de una pobre capilla, balanceándose gravemente en virtud de reposado empuje, produce severos tañidos, formando es-

trecha alianza con los ecos que se levantan de amenas florestas.

Los solemnes acentos del sagrado bronce recuerdan á los fieles un deber altísimo.

Dos mujeres, de modesto porte, de austero rostro, observan una lápida.

En ella se dibuja una cruz, y debajo unas letras, que apenas pueden balbucear embargadas por el sentimiento.

Las letras, colocadas con órden, recuerdan el nombre encantador de Laura.

Aquellas sencillas mujeres habian sido testigos de su santa vida, y vienen á rendirla el ferviente tributo de la piedad.

La caridad y la fé, unidas con íntimos vínculos, hicieron brotar de los dulces ojos de una vírgen casta regaladas perlas de un valor inmenso.

El ángel de la esperanza, su custodio fiel, recogió celoso aquellas chispas diamantinas que exornaban bellamente su perfecto rostro, para elevarlas al sόlio del Infinito impregnadas del consolador perfume de la inocencia.

El Dios de los justos aceptó clemente las tiernas primicias de un alma nobilísima.

Las doradas y suntuosas puertas del excelso alcázar, girando sobre ejes de esmeralda, abriéronse de par en par.

Por ellas penetró una hermosa y arrogante azucena, que supo mantenerse erguida ante los sinietros embates de los terrenales huracanes.

El eterno Artista, embelesado de su gentileza, trató de separarla de las punzadoras espinas del mundo.

Quería contemplar sus primores en los mágicos pensiles de la inmortal Sión.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

LABORES.

Hoy que por desgracia no va la sencillez unida al buen gusto; hoy que la moda en vez de aparecer humilde y modesta se ostenta vistosa y recargada; hoy por fin que nada es sencillo, las labores tienden á impresionar la fantasía, á la par que presentan la utilidad. Por lo mismo que la moda se muestra mas exigente cada vez, la aguja tiene que doblar su actividad si ha de ofrecer á las damas elegantes objetos de gusto, sin obligarlas á considerables gastos. El calzado de casa es una de las prendas que revelan la pulcritud y el buen gusto de quien le usa: la lindísima zapatilla cuyos modelos presentamos, satisfará el deseo de las mas exigentes.

No es esta de las labores sencillas á que damos siempre la preferencia en nuestra coleccion ; pero aunque no sea de las mas usuales , no presenta dificultades grandes. Es una zapatilla de piel , y en su bordado entran la *aplicacion* , la *trencilla* y el punto de pa-

sobre un pedazo de lienzo bien tirante , y se pasa el dibujo que ofrecemos de tamaño natural: este dibujo se reproduce entero en merino gris como la piel , y se aplica perfectamente encima , pasando despues á cubrirle de bordado en esta forma. Las grandes pal-



Zapatilla.

sado con torzal ; las tres, cosas bien fáciles y que de continuo practicarán nuestras lectoras. Los materiales que se necesitan son los siguientes :

Tafilete gris preparado , *soutache* y *cordoncillo* de oro , *merino* y *seda* de coser del color de la piel , y *torzal* punzó , azul , verde , amarillo , violeta , blanco y negro.

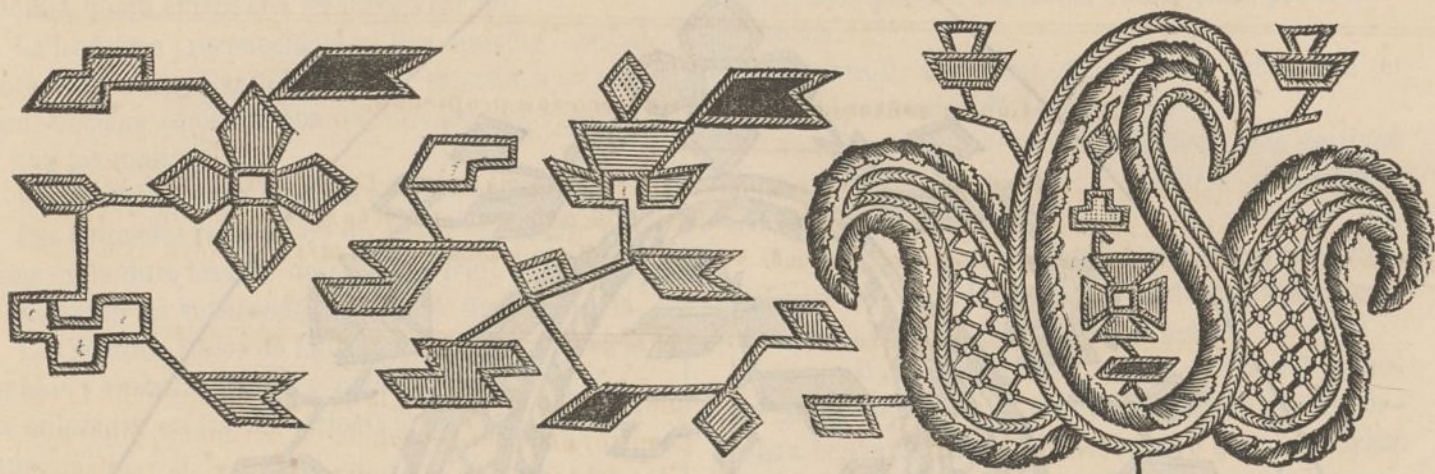
Empiézase por hilvanar el tafilete en el bastidor

mas se guarnecen alrededor de *soutache* ó *trencilla* de oro , y *cordón* de seda y oro , y el fondo de las dos laterales se cubre de *cuadritos* hechos con *torzal* gris , y sujetas las cruces con una *crucecita* hecha con *hilillo* de oro : todos los contornos del *floreado* se sujetan con *cordoncillo* de oro , y los espacios del centro se cubren de puntos al pasado con *torzales* de colores , imitando los dibujos del *cachemir*. Como

en la heráldica, las líneas indican los distintos colores: las verticales el punzó, las horizontales el azul, las de puntitos el amarillo, las diagonales de derecha á izquierda el verde, y las de izquierda á derecha el violeta: por fin los espacios negros indican este color, y los blancos el blanco.

raton, dando unos ladridos que aturdiran á los pasajeros.

—¡Qué diantre de bicho tan alborotador! exclamó un día el molinero incomodado. ¿Por qué no haces como Palomo, que sabe guardar su puesto con dignidad, y no que tú incomodas á todo el mundo?



Talon.

El punto de *pasado* es el que se emplea para este bordado, con torzal, dando una ligera inclinación sesgada á los puntos sin nada de relieve debajo, solo el que le dé el torzal.

En el talon va también, ocupando el centro la turca, y añadiendo el otro ramo al lado contrario.

El armar esta lindísima labor pertenece al zapatero, advirtiéndole que no debe llevar más adorno que un rizado de glasé gris, picadas las orillas, en todo el escote.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LOS DOS PERROS.

Guardaban la puerta de un molino dos perros que departían amigablemente la cama y la ración. El uno era un mastinazo de aspecto grave y mirada inteligente, el cual, seguro de su fuerza y valor, permanecía tranquilamente sentado sobre sus anchas patas, temibles como las de un león, mirando en silencio á todos cuantos pasaban por el camino y no se metían con él para nada.

El otro era un gozquejo que apenas levantaría una cuarta del suelo, y en quien nadie hubiera fijado su atención á no ser por el ruido que metía, sin por qué ni para qué: al más leve rumor levantaba gruñendo la cabeza, enseñaba unos dientecillos de

—No lo estrañe Vd., amigo, saltó diciendo un hombre que oyó la reprimenda, el perro grande no ha menester darse importancia; porque todos se la damos, pero el chiquitillo necesita ladrar mucho, porque no puede hacer otra cosa.

Ay! cuántos representan en el mundo el papel del gozquecillo! Gritan para disimular su flaqueza; insultan, porque se los desprecia; enseñan los dientes, y aunque temen que se les arrime un puntapié, meten mucho ruido para que se haga reparo en ellos. La insolencia es el vicio de los débiles, como el orgullo es el vicio de los fuertes. Si todos los hombres fuesen grandes, ninguno se afanaría por empinarse, Si todos fueran ilustrados, no se gastarían tantos bombos y platillos.

CAMILA DE AVILÉS.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.